

El fin del Hombre

I. Origen del hombre: Dios... ¡Todo de Él!

¿Su fin? El mismo Dios. No podía ponerse el Señor un fin que no fuera digno de Él. Y cuando la creación se estudia a la luz de la razón, vemos que es metafísicamente imposible, tan imposible como que la parte sea mayor que el todo, que Dios cree con otro fin que no sea Él mismo. Como dice el Concilio Vaticano: "Dios, por su bondad y omnipotente poder, creó, no para aumentar o adquirir su perfección, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que concede a las creaturas".

Y ¿qué perfección suya quería manifestar a las creaturas? La perfección de su ser inmaculado: la santidad, que es el resumen más completo del ser divino. Resumiendo el plan divino: Dios creó el mundo para que floreciera en él la santidad, para tener santos. Único ideal digno de Dios, único ideal que podía cautivar su amor... Con razón ha de ser éste el único ideal digno del hombre, el norte de su vida. ¡Si es ideal digno de Dios!, ¿no lo será del hombre?

Nos puso en este mundo para que fuésemos santos, resplandor de sus perfecciones divinas: "Para que fuésemos santos e inmaculados". Sed vosotros santos... "Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48). Y la venida de Jesús al mundo que no tuvo por objeto sino reafirmar el sentido de la creación, fortalecernos en la voluntad de realizarlo y darnos medios para ello, se resume en estas palabras: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia"... "Para que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad"; "descendió de los cielos por nuestra salvación"; por nosotros murió, "para que recibiéramos el ser hijos por adopción" (Jn 10,10; 1Jn 3,1; Credo; Gál 4,5).

Lleno está todo el Nuevo Testamento de esta idea central: el hombre está en el mundo para reflejar las perfecciones divinas, la pureza, la justicia, la misericordia, la bondad, la fortaleza, la eternidad, la santidad de Dios. Para tener esas perfecciones y para obrar conforme a ellas: en una palabra para ser santos. Y ya sabemos que esa santidad se realiza substancialmente por la elevación de nuestras vidas a la vida divina mediante la gracia santificante, que hace que seamos en verdad hijos de Dios, verdaderos, auténticos hijos de Dios. Esta santidad de la gracia es la única propia y auténtica participación de la divinidad, todo lo demás del mundo no es sino una imagen imperfecta.

El fin del hombre: ¡¡la divinización de su vida!! La muerte no es sino el momento de entrar en la posesión descubierta de ese Dios que velado estaba vivificando mi vida.

Salvar el alma es conocer el tesoro que oculto llevábamos en nosotros: la vida de la Trinidad "vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14,23).

Salvar el alma es, por consiguiente, la felicidad. El deseo de ser felices es en nosotros tan connatural como la respiración. Aquí no encontramos sino granitos de felicidad; allá, en el cielo, la felicidad sin sombras ni atenuaciones. ¡La bienaventuranza eterna! ¡La vida eterna! ¡El cielo! Tres bellísimas expresiones del pueblo cristiano con las cuales hace profesión de su

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 167-171.

destino eterno: "Creo en la vida eterna".

Salvar el alma, es el premio natural a los hijos: El amor eterno quiso crearnos a su imagen y semejanza, hijos: "Empero si hijos, herederos; herederos de Dios; coherederos con Cristo" (Rom 8,17) según la frase maciza de San Pablo.

El dolor no es el fin de nuestra vida. En este mundo, perdida la felicidad original, nos acompaña siempre, pero no como un fin, sino como un medio para reparar y restaurar la santidad perdida. Dios no nos ha creado para padecer. Nos ha creado para satisfacer las ansias infinitas de felicidad que Él mismo ha puesto dentro de nuestro corazón, para ser como Él, tanto cuanto es posible a una creatura.

Ponderar el cielo...

II. ¿Cómo conseguir mi último fin?

Nos lo enseña San Ignacio: "mediante esto", mediante la alabanza, reverencia y servicio de Dios.

¡Soy libre! Mi gran título de honor; el privilegio del hombre, del ángel y de Dios. En la creación material ningún otro ser es libre. Todos ellos llegan a su fin necesariamente. Nosotros no. Tenemos ley, la conocemos, tenemos fuerza para observarla. De nosotros depende su observancia o inobservancia. La libertad es la más grande perfección de todo el universo.

"El que te creó sin ti, no te salvará sin ti". Los actos libres que hemos de poner para salvarnos han de ser de toda la persona: del entendimiento, de la voluntad y de todas las otras facultades humanas.

Los actos del entendimiento: alabanza, que es el conocimiento de las divinas perfecciones unido a la confesión espontánea de las mismas. Delante del cielo y de la tierra hemos de rendir tributo de alabanza a nuestro Señor, Padre, Bien, Amor...

Actos de la voluntad: reverencia, sujeción total y libre de todo nuestro ser a la suprema perfección de Dios. Amor al Padre y Señor...

Servir, actos de todas las demás facultades internas y externas puestas libremente a las órdenes del Señor, en todo momento y en todo lo que indique. "En verdad es justo y necesario... siempre y en todo lugar", estar al servicio de nuestro Señor y Padre, Bien y Amor.

Esta alabanza, reverencia y servicio nos perfeccionan a nosotros, nos hacen, a nosotros mismos, más semejantes al que es "Perfección"... No se trata de pagar un tributo que nos empobrece; por el contrario, cada grado mayor de conocimiento o amor de Dios nos hace a nosotros más perfectos, más puros, más leales, más generosos, más semejantes a Dios, que es la perfección. ¿Y qué ideal puede haber superior que perfeccionarse uno mismo a imitación y semejanza nada menos que de Dios? Esta imitación de la divinidad ha sido la más antigua aspiración del hombre. Nuestros Padres pecaron porque querían ser como Dios; nosotros tenemos derecho a querer ser como Dios, y tenemos medios seguros que nos harán ser como "Él es", en el tiempo y en la eternidad. Estos son los supremos valores humanos.

La gloria divina, palabra que hemos oído tantas veces ¿qué quiere decir? Nada más que

esta realización del plan de Dios, aquí en la tierra por la participación que el hombre recibe de la divinidad por la gracia, y en el cielo, por la participación en la gloria. Este ideal de la santidad sobrenatural es la única flor que Dios quiere recoger del universo para regalarse... Es la razón de ser del mundo y de los inmensos mundos que nos rodean. La gloria de Dios es la santificación del hombre participando de la divinidad.

La gloria divina ha de quedar como el único ideal de todo hombre que contemple estas verdades: Éste no sólo es el valor central de nuestra vida, sino el único que merece llamarse valor absoluto. Esta gloria divina da valor a todo, aún a la más pequeña realidad ¡y sin ella los más grandes imperios y las amplias fortunas carecen de todo sentido! ¡Oh, si fuésemos como San Ignacio los hombres de la mayor gloria de Dios!

III. Consecuencias del conocimiento de mi fin

"¡Qué sucia la tierra cuando miro el cielo!", decía San Ignacio. Así, ¡qué viles me deben parecer todas las otras realidades, todas las flores caducas, flores de un día, llenas de punzantes espinas que son todas las realidades humanas, si las comparamos con la gran realidad de Dios, la vida divina, la santidad. Vivir, por tanto, no en el suelo sino en el cielo, con mi corazón.

Visión divina de la vida: Ver el mundo a la luz de Dios, según los planes de Dios, buscando en él la gloria del Señor. ¿Qué piensa Dios de la vida, de las cosas, de la guerra, de la fortuna? Y sabemos que "el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). Por tanto, la visión divina es más accesible, porque es la visión de Cristo: ¿Qué piensa Cristo, qué quiere Cristo?

Visión de infinito: Visión amplia, corazón grande. ¡Que nada me turbe, nada me espante, nada me detenga, nada me empequeñezca ni aprisione! Hombres del infinito. Hay corazones chicos, corazón de pasas o de porotos arrugados, corazones partidos, todo lo miden por su estrechísima visión; lo temen o lo esperan a su medida, que es harto reducida... El corazón, el alma y la visión del cristiano deben ser visión de infinito... Cuando se me ofrece algo en cambio de Dios, desprecie esa chuchería, porque a lo más es una piedrecita falsa y ¡por ella voy a entregar mi tesoro que es Dios, el vivir su vida, el participar de la divinidad, en la tierra por la gracia y en el cielo por la gloria! Nada es comparable al bien que poseo por la gracia; nada es comparable a Dios a quien espero ver, contemplar, amar y al cual desde luego estoy unido por la gracia santificante.

Visión de eternidad: No el tiempo, que es tan corto. Esos segundos que son cien y aún mil años... Todo lo de aquí abajo es breve y temporal. El gozo, flor de un día, sonrisa que se apunta y se deshace; flor de heno, amapolas de verano que duran un abrir y cerrar de ojos. Los amores, las caricias, las ternuras más íntimas hoy son, y mañana se tornan en dolor, en amargura y en no ser... Cuando vemos que hasta lo más grande de la civilización que fue durante siglos, defendido como el patrimonio del mundo, bastó una bomba de un segundo para destruirlo... La vida es una aparición: una breve llama que se enciende, oscila, se apaga... y así tal vez hace 50.000 años que esas vidas se vienen encendiendo y apagando aquí abajo... Y el dolor, otro breve y momentáneo peso, que fructificará en gloria eterna si lo llevamos en unión de los querer divinos, en unión de su santa voluntad. "¿Qué tiene que ver esto con la

eternidad?", no pasa de moda el lema de San Luis; es el lema de todos los jóvenes de alma grande, que no se dejan pescar ni cazar en las redes terrenas. Los que dan sentido a su vida. Los conventos están llenos de jóvenes que han comprendido ese sentido de eternidad de su vida... Los santos han sido los hombres de eternidad, tanto más sabios que los reyes, cuya flor desapareció, llámese Luis XIV, creador de Versailles, o Alfonso XIII que muere destronado; o Alberto de Bélgica que muere con su cráneo destrozado en el pico de una roca.

Serenidad y fortaleza nos vendrán de estas consideraciones. La madre del Padre Varin, condenada a muerte por el tribunal revolucionario de París en 1794, dijo a uno de sus guardianes al llegar al pie del cadalso: "Di a mis hijos que su vieja madre no ha temblado al subir al cadalso, ni ha perdido la paz de su alma. Es que sé a donde voy; ¡ahora al cadalso... pero de allí al cielo!".

Así los marineros españoles asistidos por el Padre Alonso. El seminarista que compone, Señor aquí estoy. La Rosita Alcalde. Pío IX amenazado porque defendía al niño judío bautizado, Pío Mortara, respondía: "Todas las bayonetas del mundo no me harían exponer a peligro de condenación el alma de este niño".